



VI

Macha

ENTRE los grandes cambios que se operaron en mi manera de ver las cosas, ninguno me sorprendió tanto como aquel en virtud del cual dejé de ver en una de nuestras criadas á la sirvienta, para empezar á ver en ella á la *mujer* de quien quizás dependiera, hasta cierto punto, mi sosiego y mi dicha.

Recuerdo haber visto siempre en casa á la criada Macha, y nunca, hasta llegar la ocasión que hizo cambiar por completo mi manera de mirarla, y que voy á contar ahora, me había yo fijado lo más mínimo en ella. Macha tenía unos veinticinco años cuando tenía yo catorce, y era muy hermosa, aunque no me atreveré á describirla, por miedo de que mi imaginación no me represente ahora con exactitud la imagen tal vez engañosa que me había yo formado de aquella mujer al tiempo que nacía mi pasión. Para no incurrir en error, diré tan sólo que era imponderablemente blanca, bien desarrollada, que era una mujer y que yo tenía catorce años.

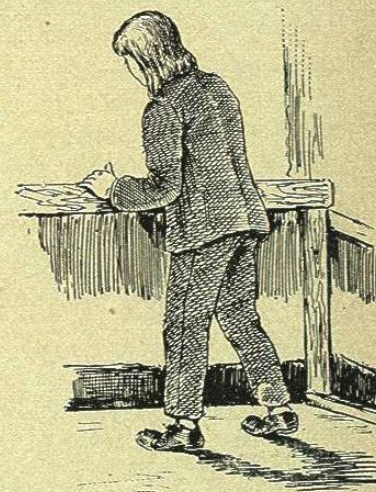
En uno de esos momentos en que, con el libro en la mano, se pasea uno por el cuarto poniendo toda la atención en no pisar las junturas del piso, ó en que se tararean motivos sin hilación ninguna, ó bien en que pinta uno sobre la mesa líneas sin la menor significación, en una palabra, en uno de esos momentos en que el espí-

ritu rehuye todo trabajo serio y dejándose llevar de la imaginación busca impresiones nuevas de cualquier clase que sean; en uno de esos momentos, pues, salí de la clase sin objeto alguno y sin poner atención en nada empecé á bajar la escalera... Alguien subía, y como es natural quise saber quien era; pero de pronto cesó el rumor de los pasos y oí la voz de Macha que decía: «Vaya, estad quieto, no hagáis tonterías... Si acertara á bajar María Ivanovna!» —«No bajará, no temas», oí que decía quedamente la voz de Volodia; después llegaron hasta mí los rumores de una pequeña lucha, como si mi hermano quisiese retener á la muchacha contra su voluntad, y oí distintamente estas palabras: «Pero dónde metéis las manos, señor? No os da vergüenza!» Y entonces Macha, desarreglado el pañuelo, bajo el cual se descubría la blanquísima y fuerte garganta, hasta el nacimiento de los pechos, pasó corriendo por delante de mí.

No puedo decir cuánta ni cuál extrañeza produjo en mí este suceso inesperado; y no obstante, esta extrañeza dejó pronto lugar á una gran simpatía por el acto de Volodia. Yo no me extrañaba en realidad de su acto, sino más bien de que hubiese llegado á comprender, antes que yo, que obrar de aquel modo era cosa agradable, é involuntariamente le quise imitar.

Desde aquel día me pasé horas enteras en el descansillo de la escalera, sin idea determinada, escuchando atentamente los menores ruidos, dispuesto á imitar á Volodia, pero sin hallar el momento oportuno, aunque lo deseaba con verdadero ardor; á veces, escondido tras la puerta, y lleno el corazón de celosa envidia, me pasaba largas horas escuchando los rumores que se producían en el cuarto de las criadas y surgía en mi cerebro esta idea: «Qué sucedería si me fuese ahora arriba y quisiese, como Volodia, besar por fuerza á Macha?... Qué contestaría yo si al ver mi gran nariz y mis erizados cabellos, me dijera despreciativamente la muchacha: Qué es lo que queréis?»

No pocas veces también oí á Macha decir á Volodia: «Vaya



un castigo que Dios me ha dado, siempre persiguiéndome... Pero, ¿qué queréis de mí?... Dejadme en paz. ¿Cómo es que Nikolai Petrovitch no me atormenta con semejantes tonterías?»

Pero ella no sabía que Nikolai Petrovitch, en aquel mismo momento se hallaba escondido en la escalera, dispuesto á dar todo lo mejor del mundo por hallarse siquiera un minuto en el lugar de Volodia.

Yo era de un natural tímido, pero mi timidez aumentaba todavía con la conciencia que tenía de mi poco gracioso semblante. Estoy convencido de que nada tiene mayor influencia sobre la dirección del hombre en el mundo que las cualidades de su físico, y menos aun estas cualidades que su propia convicción de que posee un rostro agraciado ó de que no lo posee.

Pero yo tenía también demasiado amor propio para conformarme con mi situación, y me consolaba como hace la zorra, cuando no puede alcanzar la fruta, convenciéndose á sí misma de que está verde aun, ó lo que es lo mismo: me esforzaba por despreciar todas las ventajas que procura un hermoso rostro, pero en realidad envidiando con toda el alma á Volodia por el placer que, según mi opinión, le procuraba su bella fisonomía, y así yo me esforzaba con todas las energías de mi espíritu y de mi imaginación para hallar placer en mi orgullosa soledad.



VII

Los terribles perdigones

DIOS mío! pólvora aquí!...—exclamó Mimi con voz que la emoción sofocaba.—¿Qué hacéis? Queréis volar la casa y matarnos á todos?

Y con expresión de una intrepidez indescriptible, Mimi gritó que nos apartáramos todos, y con paso resuelto y recogíendose las faldas acercóse á un montoncito de perdigones que habíamos dejado en el suelo y con los cuales jugábamos, y empezó á pisarlos con sus talones. Cuando creyó todo peligro pasado, llamó á Mikhei y le ordenó que recogiese toda aquella pólvora y la arrojase lejos, ó bien que la echase al agua, para alejar todo riesgo, y moviendo majestuosamente la cabeza se dirigió hacia el salón murmurando: «Suerte que se les vigila bien».

Cuando entramos con papá en el cuarto de nuestra abuela, ya estaba allí Mimi, sentada junto á la ventana, con una expresión que me pareció asaz misteriosa, mirando, con toda su severidad pintada en los ojos, hacia la puerta. Tenía algo en la mano, envuelto en un papel, pareciéndome que serían los famosos granos de plomo, la *terrible pólvora* como la llamó Mimi, y también me pareció que lo sabía ya todo la noble anciana.

En el momento en que entramos estaba también con nuestra abuela la camarera Gacha, quien á juzgar por lo rojo que tenía el rostro é hinchados los ojos, debía estar muy irritada, y además el

doctor Blumenthal, un hombre pequeño y delgaducho, que se esforzaba en vano por calmar á la sirvienta, haciéndole con la mirada y con la cabeza signos misteriosos de pacificación.

Nuestra abuela estaba sentada un poco de través y con la punta de los dedos se entretenía en golpear el brazo del sillón, lo cual era en ella signo de una malísima disposición de espíritu.

—Cómo os sentís hoy, mamá? Habéis dormido bien?—preguntóle papá besando respetuosamente su mano.

—Muy bien, querido; no ignoráis, paréceme á mí, que me llevo siempre perfectamente bien,—contestó mi abuela en el mismo tono en que hubiera podido hablar si la pregunta de papá hubiese estado fuera de lugar y aún ofensiva.—A ver, queréis darme un pañuelo limpio?—continuó dirigiéndose á Gacha.

—Ya os lo he dado,—respondió la criada, señalando con el dedo un pañuelo de batista blanco como la nieve, que estaba colocado en el brazo del sillón.

—Quitad de ahí ese trapo sucio, y dadme, si queréis, un pañuelo limpio.

Gacha se fué al armario y abrió uno de sus cajones, pero lo hizo con tanta fuerza que los cristales de las ventanas temblaron. Nuestra abuela nos miraba á todos con gran severidad y no perdía uno solo de los gestos de la sirvienta. Y cuando ésta le hubo entregado, parecióme á mí, el mismo pañuelo de antes, aunque habiendo fingido que lo cambiaba, mi abuela le dijo con mucha sequedad.

—Cuándo me picaréis un poco de tabaco, querida?

—Cuando tenga tiempo.

—Qué decís?

—Digo que lo picaré hoy mismo.

—Si no queréis servirme, querida, sería mejor decírmelo, y haría ya mucho tiempo que os hubiese arrojado de esta casa.

—Hacedlo, yo os aseguro que no lloraré por ello,—murmuró á media voz la criada.

Entonces empezó el doctor á hacerle nuevos signos con los ojos, pero le miró ella con tan irritada expresión que el pequeño hombre se volvió al otro lado y disimuló empezando á jugar con la llavecita del reloj que llevaba colgada en el chaleco.

—Ya lo véis, querido,—dijo mi abuela dirigiéndose á papá, mientras la criada, murmurando todavía, abandonaba la estancia.

—Ya veis cómo se me habla en mi propia casa.

—Permitidme, mamá; yo mismo os picaré el tabaco,—hizo papá, no sabiendo como salir del paso ante el inesperado apóstrofe de la anciana.

—No, os lo agradezco; pero sabed que si se muestra tan grosera es porque sabe que nadie más que ella tiene traza para picarme el tabaco cómo á mi me gusta. Ya sabéis, querido,—continuó diciendo mi abuela después de un corto silencio—que por un poco más vuestros hijos hacen saltar hoy la casa, y con ella á todos nosotros?

Papá se quedó mirando á mi abuela con una respetuosa curiosidad, cómo aguardando á que le explicase lo que no entendía.

—Oh! sí... ved con qué estaban no há mucho jugando. Enseñadlo...—añadió dirigiéndose á Mimi.

Papá tomó en sus manos el paquete de perdigones que le alargaba Mimi y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Pero si esto son granitos de plomo, mamá, y no ofrecen el menor peligro.

—Querido, os agradezco mucho la lección que acabáis de darme; pero considerad que soy ya muy vieja...

—Los nervios, los nervios! murmuró en voz bajísima el doctor.

Y enseguida se dirigió papá á nosotros.

—De dónde habéis sacado esto? Y cómo os atrevéis á jugar con estas cosas?

—No se lo preguntéis á ellos, preguntad más bien al *diatka* en qué se ocupa,—dijo nuestra abuela pronunciando con gran desprecio la palabra «*diatka*».

—Volodia ha dicho que el mismo Karl Ivanovitch es quien le ha dado esta pólvora,—añadió Mimi.

—Bien, ya veis ahora cuán perfectamente se porta ese *diatka*,—continuó mi abuela.—Dónde está ahora ese... *diatka*? Cómo le llaman? Decidle que se presente.

—Le he dado permiso para que saliese á hacer algunas visitas,—dijo papá.

—No es una razón, pues debiera estar siempre aquí. No son míos estos niños, sino vuestros, y no tengo derecho para daros consejos, pues sois más sabio que yo,—prosiguió diciendo con mal disimulado desdén nuestra abuela,—mas paréceme que es tiempo ya de que esté á su lado un verdadero preceptor y no un *diatka*, un campesino alemán, que nada puede enseñarles sino es muy groseros modales y canciones tirolesas, y ya comprendéis que es



cosa muy importante que sepan los niños canciones tirolesas. Por lo demás, no hay *ahora* nadie que pueda pensar en estas cosas, y vos haréis cómo mejor os plazca.

La palabra *ahora* significaba: «puesto que ya no existe su madre», y esta sola palabra suscitó tan tristes recuerdos en el corazón de nuestra abuela que lentamente bajó la cabeza sobre la tabaquera del retrato en miniatura y se quedó pensativa.

—Hace ya mucho tiempo que pienso en esto,—se apresuró á decir papá—y aún tenía intención de pedir os consejo, mamá; creéis que sería buena idea llamar á Saint-Jerôme para que diese á los niños lecciones de buena sociedad?

—Harás perfectamente, amigo,—contestó mi abuela, dejando de pronto el desabrido tono en que había estado hablando hasta entonces.—Saint-Jerôme es cuando menos un verdadero preceptor, capaz de comprender cómo es necesario dirigir á niños de una buena casa, lo que no hará nunca un simple diatka, que apenas si puede hacer más que sacarlos á paseo.

—Mañana mismo le hablaré,—dijo papá.

Y en efecto, dos días después de esta memorable conversación, el pobre de Karl Ivanovitch dejaba el puesto á un joven y elegantísimo preceptor francés.

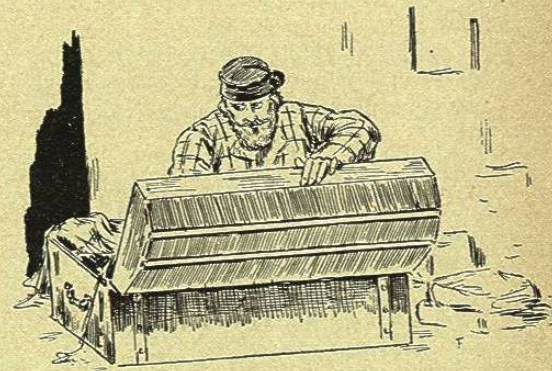


VIII

Historia de Karl Ivanovitch

Muy avanzada ya la noche del último día que Karl Ivanovitch pasó con nosotros, se hallaba éste junto á su cama, con su gran bata y el gorro encarnado con la famosa borla, arreglando la maleta y metiendo en ella sus escasos bienes.

La conducta de Karl Ivanovitch con nosotros, durante los últimos tiempos, se hizo singularmente seca y aún áspera, pareciendo que evitaba toda íntima relación con nosotros. Así, no me extrañó que al entrar yo en su cuarto, me mirase de reojo y continuase como si tal cosa su trabajo. Me eché sobre la cama, y Karl Ivanovitch que me lo había siempre prohibido, no me dijo entonces nada, y la idea de que ya no nos reuniría más, de que pronto no habría ya nada de común entre nosotros, me recordó bruscamente la separación próxima; esto me



entristeció y aun más la idea de que pudiese dejar de querernos, y me entraron ganas de expresarle este sentimiento mío.

—Me permitis que os ayude, Karl Ivanovitch?—dije de pronto acercándomele.

Karl Ivanovitch me miró y de nuevo apartó la vista, como preocupado por lo que estaba haciendo; pero en la rápida mirada que lanzó sobre mí, pude leer, no la indiferencia precisamente, que es por lo que yo interpretaba su frialdad con nosotros, sino una profunda y concentrada tristeza.

—Dios lo ve todo y lo sabe todo, en todo está su santa voluntad,—dijo despacio é irguiéndose tan alto como era, mientras exhalaba un profundísimo suspiro.—Sí, Nikolenka,—continuó diciendo al observar la expresión de verdadera simpatía con que yo le miraba,—ha sido mi suerte la de un sér desgraciado desde la misma infancia hasta tocar á las losas de la sepultura. Se me ha pagado siempre con mal el bien que he hecho á los hombres, por lo que mi recompensa no está aquí abajo, sino allá arriba—dijo señalando con el dedo el cielo.—Si conocieseis mi historia y todo lo que he sufrido en esta vida!... He sido zapatero, he sido soldado, he sido *desertor*, he sido fabricante, he sido preceptor, y ahora soy *zero*, y no tengo tampoco, como no tenía el Hijo de Dios, donde descansar la cabeza,—dijo y cerrando los ojos se dejó caer aplomado en el sillón.

Al notar en Karl Ivanovitch esta especie de humor sentimental en cuyo periodo, sin fijarse en la clase de auditores que tenía, expresaba para sí mismo los más íntimos pensamientos, me senté en la cama en silencio, y no aparté ya los ojos de su bondadosa figura.

—Ya no sois un niño y podéis comprenderme. Os contaré hoy mi historia y todo lo que he padecido en esta vida. Día vendrá en que recordaréis al viejo amigo que tanto y tan bien os ha amado, niños!

Karl Ivanovitch se puso de codos en la mesa que estaba junto á él, tomó pausadamente un polvo, y levantando los ojos al cielo, con aquella monótona voz de garganta que solía tomar para hacernos el dictado, comenzó su relación con estas palabras:

—*Fuí desdichado ya desde el seno mismo de mi madre!...*—Y repitió esta frase en lengua alemana, dándole la misma expresión exactamente, cosa que fué repitiendo con frecuencia en el curso de su narración, siempre que decía alguna cosa de sentido capital y profundo.

Cómo Karl Ivanovitch me ha contado más de una vez su

historia, y siempre por el mismo orden, siempre con las mismas palabras y con las mismas entonaciones de voz, espero poderla repetir aquí casi palabra por palabra. Era aquello su historia realmente ó era producto de su fantasía, nacida en su mente cuándo la solitaria vida hecha en nuestra casa, y en la que él mismo llegó quizás á creer de veras á fuerza de repetirla, ó bien se limitaba á adornar con hechos fantásticos los reales acontecimientos de su existencia? Hoy por hoy no sabré decirlo. Por un lado, contaba su historia con tan sincero sentimiento y con tan perfecta ilación,—principales indicios de veracidad—que se le había de creer; por otro lado, había en su historia tantos aspectos puramente poéticos que bien podían suscitar la duda.

—En mis venas corre la noble sangre de los condes de Sommersblatt.—Y repitió esta misma frase en lengua alemana.—Nací seis semanas después del matrimonio. El marido de mi madre, á quien yo llamaba papá, era colono en casa de los condes, y se veía bien que no le perdonaba á mi madre su falta y que á mí no me quería. Tuve un hermano más pequeño y dos hermanas, pero yo era como un extraño en mi propia familia. Siempre que mis hermanitos hacían alguna de las suyas, exclamaba mi padre: «Con ese tonto de Karl no tendremos nunca un momento de tranquilidad». Y me reñían y me castigaban. Cuando las dos niñas se querellaban entre sí, papá decía: «Ese Karl no será jamás un niño obediente». Y me reñían y me castigaban. Únicamente mi buena madre me quería y me acariciaba. Con frecuencia me decía: «Ven, Karl, á mi cuarto», y una vez allí me besaba y me decía palabras dulces: «Pobre Karl; decíame, nadie te quiere, pero yo no te cambiaría por nadie ni por nada del mundo. Sólo una cosa te pide tu madre: que aprendas mucho y que seas siempre un hombre honrado, con esto sólo Dios no te abandonará!» Así traté de hacerlo.

»Cuando hube llegado á los catorce años, y pude hacer mi primera comunión, mi madre dijo á papá: «Karl es ya un hombre; qué hacemos de él?» «No lo sé» dijo papá, y mamá replicó: «Podríamos enviarlo á la ciudad, en casa del señor Schultz, para que aprendiese el oficio de zapatero», y papá dijo: «Está bien». Seis años y siete meses estuve en la ciudad en casa del señor Schultz y el zapatero llegó á quererme. Con frecuencia decía: «Karl es un buen trabajador y será pronto mi asociado». Pero el hombre propone y dispone Dios... En 1796 se hicieron quintas, y todos los que podían servir en el ejército, desde los diez y ocho á los veinte años, venían obligados á presentarse y reunirse en la ciudad.

»Papá y mi hermano vinieron á la ciudad y juntos fuimos al

sorteo... Mi hermano sacó un mal número, le tocaba ser soldado. Yo saqué un número bueno, yo no debía ser soldado. Y dijo papá: «No tengo más que un hijo y he de separarme de mi hijo!»

»Yo entonces le tomé la mano y le dije: «Por qué decís esto,



papá? Venid conmigo, pues yo tengo algo que deciros». Y papá vino y juntos nos sentamos á la mesa, en una taberna de la ciudad, y yo pedí un poco de cerveza, y nos la trajeron, y bebimos todos; mi hermano bebió también.

»Papá, empecé yo diciendo, por

qué habéis dicho que no tenéis sino un hijo y que os tendréis que separar de él?... Mi corazón quiere salirse del pecho cuando esto oigo. Mi hermano no será soldado, porque yo seré soldado por él... Karl no hace aquí falta á nadie, y Karl será soldado!...»

—«Vos sí que sois un hombre honrado, Karl Ivanovitch», dijo papá, y me besó en la frente.

»Y yo fui soldado!»



IX

Continúa la historia de Karl Ivanovitch

ERA entonces un tiempo terrible, Nikolénka—continuó diciendo Karl Ivanovitch.—Napoleón andaba por el mundo; quería conquistar Alemania, y nosotros defendimos la patria hasta la última gota de nuestra sangre! Estuve en Ulm! Estuve en Austerlitz! Estuve también en Wagram!...

—De modo que habéis hecho la guerra también?—dije yo mirándole con gran extrañeza.—Habéis matado también hombres?

Karl Ivanovitch me tranquilizó enseguida respecto á este punto.

»Una vez, un granadero francés que se quedó algo atrás, perdiendo casi de vista á los suyos, se cayó del caballo y quedó tendido en medio del camino. Corrí hacia él y levanté el fusil para atravesarle el pecho, pero el francés tiró lejos sus armas y con voz plañidera me pidió perdón... y lo dejé!

»En Wagram, Napoleón logró encerrarnos en una especie de islote y supo rodearnos tan bien, que no nos quedó medio ninguno de salvación. Durante tres días estuvimos sin víveres y además con el agua hasta las rodillas. El maldito Napoleón ni pensaba al parecer en apoderarse de nosotros ni nos dejaba libres.

»El cuarto día, sin duda por haberse apiadado Dios de nosotros, nos hizo Napoleón prisioneros y se nos condujo á una fortaleza. Yo llevaba un hermoso pantalón azul, un magnífico uniforme, un reloj